

acusacion; y por consiguiente sirven tambien para justificar que sus milagros son incontables.

Sí, lo son, y tanto que los gentiles se han visto como los judíos obligados tambien á confesarlos. Celso, el gran enemigo de los cristianos y el que les atacó desde los primeros tiempos con toda la habilidad imaginable, buscando con un cuidado infinito todo lo que pudiera perjudicarles, no ha negado todos los milagros de nuestro Señor: y se defiende, diciendo con los judíos que Jesucristo había aprendido los secretos de los egipcios, es decir la magia, y que lo que quiso fue atribuirse la divinidad por las maravillas que hizo valiéndose de aquel arte infernal. Por esta misma razon es por la que los cristianos pasaban por mágicos; y tenemos un pasage de Juliano el Apóstata que desprecia los milagros de nuestro Señor, pero sin ponerlos en duda. Lo mismo hace Volusiano en la epístola que escribe á S. Agustin, y esta opinion era comun entre los paganos.

De consiguiente no hay que admirarse si acostumbrados á hacer dioses de todos los hombres en quienes resplandecia alguna cosa extraordinaria, pusieron á Jesucristo entre sus divinidades. Tiberio, á consecuencia de las relaciones ó informes que le enviaron de Judea, propuso al Senado que acordase á Jesucristo los honores divinos. No es este un hecho que se

asegure de ligero, porque Tertuliano le refiere como público y notorio en su apologético que presentó al Senado á nombre de la Iglesia, y parece muy cierto que jamas se habria espuesto á debilitar una tan buena causa como la suya asegurando cosas que tan fácilmente podian desmentirse y presentar ocasion de confundirle. Si se quiere el testimonio de un autor pagano, Lampridio nos dirá "que Adriano erigió templos á Jesucristo, que se veian todavia en el tiempo en que escribia;" y que Alejandro Severo, despues de haberle reverenciado en particular, le queria erigir altares públicos, y ponerle en el número de los dioses.

Es cierto que es una gran injusticia negarse á creer tocante á Jesucristo lo que escriben de él los que ciertamente no han sido contados en el número de sus discípulos; porque es buscar la fé en los incrédulos, ó el cuidado y la exactitud en los que, ocupados en otras cosas, miraban la religion como una cosa indiferente. Pero es verdad, sin embargo, que la gloria de Jesucristo ha sido tan esplendente que el mundo no ha podido negarse á darle algun testimonio; y no puedo referiros ninguno mas auténtico que el de tantos emperadores.

No obstante, reconozco que al dársele se proponian otro designio: porque intervenia la política en los honores que se tributaban á Jesucristo. Pretendian que al fin llegarían á unirse

todas las religiones, y que los dioses de todas las sectas llegarían á hacerse comunes. Los cristianos no conocían este culto misto, y no despreciaban menos las condescendencias que los rigores de la política romana. Pero Dios quiso que otro principio hiciese desechár por los paganos los templos que los emperadores destinaban á Jesucristo. Los sacerdotes de los ídolos, según relación del autor pagano citado tantas veces, declararon al emperador Adriano que "si consagraba los templos edificados para uso de los cristianos, todos los demás serían abandonados, y que todo el mundo abrazaría la religión cristiana." La idolatría misma conocía en nuestra religión una fuerza victoriosa contra la cual no podían sostenerse los falsos dioses, y justificaba ella misma la verdad de esta sentencia del apóstol: "¿qué hay de común entre Jesucristo y Belial, y cómo puede ser compatible el templo de Dios con los de los ídolos?"

Así, por la virtud de la cruz, la religión pagana, confundida por sí misma, se arruinó; al mismo tiempo que la unidad de Dios íbase estableciendo de tal modo que al fin la idolatría no pareció estar distante de ella. Decía esta que la naturaleza divina, tan grande y tan estensa, ni podía espresarse por un solo nombre, ni bajo una sola forma; pero que Júpiter, Marte, Juno y los demás dioses, no eran en la esencia mas que un mismo Dios, cuyas infinitas virtudes eran

explicadas y representadas por tantas palabras diferentes. Cuando después era necesario venir á hablar de las historias impuras de los dioses, de sus infames genealogías, de sus impúdicos amores, de sus fiestas y de sus misterios, que no tenían otro fundamento que el de sus fábulas prodigiosas, toda su religión la hacía consistir en alegorías: el mundo ó el sol eran los que suponía ser el Dios único: las estrellas, el aire, el fuego, el agua y la tierra, y sus diversos compuestos y combinaciones servían para representar los nombres de los dioses y sus amores. Débil y miserable efugio: porque además de ser escandalosas las fábulas, frías y forzadas todas las alegorías, ¿qué resultaba al fin sino que este Dios único era el universo con todas sus partes; de manera que el fundamento de la religión era la naturaleza, y que siempre eran adoradas las criaturas en vez de ser adorado el Criador?

Estas débiles excusas de la idolatría, aunque sacadas de la filosofía de los estóicos, no satisfacían á los filósofos. Celso y Porfirio buscaron nuevos auxilios en la doctrina de Platon y de Pitágoras; y hé aquí cómo conciliaban la unidad de Dios con la multiplicidad de los dioses vulgares. No hay, decían ellos, mas que un Dios soberano, y es tan grande que él no se mezcla ni toma parte en pequeñeces. Contento con haber criado el cielo y los astros, no se dignó poner su mano en este bajo mundo, cuya forma-

cion encargó á sus subalternos; y el hombre, aunque nacido para conocerle, en razon de ser mortal, decian, que no era una obra digna de sus manos. Decian tambien que era inaccesible á nuestra naturaleza: que se hallaba alojado en una altura demasiado grande para nosotros; que los espíritus celestiales que nos habian formado serviannos de mediadores para con él, y que esta era la razon por qué era menester adorarlos.

No se trata aqui de refutar estos sueños de los platónicos, que tambien caen por sí mismos. El misterio de Jesucristo los mina y destruye por su fundamento. Este misterio enseñaba á los hombres que Dios, que los habia hecho á su imágen, no tenia motivo para despreciarlos; que si ellos tenian necesidad de mediador no era á causa de su naturaleza, que Dios habia criado como habia criado todas las demas, sino á causa de su pecado, de que ellos solos eran los autores: ademas, que su naturaleza les alejaba tan poco de Dios que no se desdeñó de unirse á ellos haciéndose hombre, y les dió por mediador, no á los espíritus celestes que los filósofos llamaban demonios y la Escritura llama ángeles, sino á un hombre que uniendo la fuerza de un Dios á nuestra flaca naturaleza, fuese un remedio para nuestra debilidad.

Si el orgullo de los platónicos no podia resolverse hasta someterse á sufrir las humillaciones del Verbo hecho carne, ¿no podian ellos

comprender á lo menos que el hombre, por ser de una naturaleza un poco inferior á la de los ángeles, no dejaba por eso de ser capaz como ellos de poseer á Dios; que mas bien el hombre era su hermano que su súbdito, que no debía adorarles, sino adorar con ellos, asociándose en espíritu á aquel que á unos y á otros los habia hecho á su imágen y semejanza? Era no solo una suma bajeza, sino una muy grande ingratitud de parte del género humano hacer sacrificios á otro que á Dios; y era una gran ceguedad del paganismo tributar á los demonios el culto supremo que debía reservarle á él solo.

Aqui es donde la idolatría, que parecía hallarse agonizando, descubrió del todo su flaco. Al fin de las persecuciones, Porfirio, estrechado por los cristianos, se vió obligado á decir que el sacrificio no correspondía al culto supremo; y véase hasta dónde llevó su extravagancia. El Dios altísimo, decia, no aceptaba sacrificios: en razon de que todo lo que es material es impuro á sus ojos, y no se le puede ofrecer. Ni aun la palabra debe emplearse en su culto, porque la voz es una cosa corporal: es menester adorarle en silencio y mentalmente; porque cualquier otro culto es indigno de una tan grande magestad.

Asi que Dios era demasiado grande para ser alabado. Era un crimen espresar, como podemos hacerlo, lo que pensamos de su grandeza. El sa-

crificio, aunque no sea mas que la manera de declarar nuestra profunda dependencia y un reconocimiento de su soberanía, no era propio de la divinidad ni aceptable á sus ojos. Asi tan expresamente lo decia Porfirio; y esto ¿era otra cosa que abolir la religion, y dejar absolutamente sin culto aquel á quien se reconocia por el Dios de los dioses?

¿Y entonces qué eran aquellos sacrificios que los gentiles ofrecian en sus templos? Porfirio dió con este secreto. Decia que habia espíritus impuros, mentirosos y maléficos, quienes, arrastrados por un loco orgullo, querian pasar por dioses y hacerse servir por los hombres: y que á éstos era menester aplacarlos para evitar que hiciesen daño. Unos, alegres y festivos, se dejan doblegar por espectáculos y juegos: otros, de un genio mas sombrío é irascible, no se satisfacen mas que con el olor de la grasa, ni gustan de alimentarse mas que con sacrificios cruentos. ¿Para qué detenernos en refutar semejantes absurdos? En fin, los cristianos iban ganando cada dia mas en su causa. Quedaba, pues, establecido como una cosa constante que todos aquellos dioses á quienes se sacrificaba entre los gentiles eran unos espíritus malignos, que se habian ellos mismos atribuido la divinidad llevados únicamente de su orgullo: de manera que la idolatría, mirada en sí misma, parecia únicamente el efecto de una ignorancia brutal; pero

mirándola en su origen, era una obra concebida y llevada hasta los últimos excesos por los espíritus malignos. Es precisamente lo que los cristianos habian siempre dicho; es lo que enseñaba el Evangelio; es lo que cantaba el Salmista: "Todos los dioses de las naciones son demonios; pero el Señor es el que crió los cielos."

Y sin embargo, ¡extraña obcecacion del género humano! la idolatría reducida al último extremo, y confundida por sí misma, no dejaba de sostenerse. No era menester mas que revestirla con cierta apariencia, y explicarla con palabras cuyo sonido fuese agradable al oido para hacerla amable, y que cayesen en el lazo ciertas gentes aun de las supuestas por dotadas de mas discernimiento. Porfirio era admirado. Jamblico, su sectario, pasaba por un hombre divino, porque sabia disfrazar los sentimientos de su maestro con frases misteriosas, no obstante que eran palabras vacías de sentido, y que nada significaban. Juliano, el Apóstata, á pesar de ser tan sagáz, cayó en el lazo y dejóse seducir por estas apariencias: los paganos mismos son los que lo refieren. Encantamientos verdaderos ó falsos, que estos filósofos hacian, su austeridad mal entendida, su ridícula abstinencia, que calificaba de crimen hasta alimentarse de la carne de los animales, sus purificaciones supersticiosas, en fin, su vida contemplativa que se evaporaba en vanos pensamientos, y sus palabras tan poco sólidas.

das como al parecer magníficas por lo pomposas, seducian al mundo. Por el contrario, la santidad de las costumbres cristianas, el menosprecio de los placeres que mandaba y recomendaba la religion de Jesucristo, y mas que todo la humildad en que se fundaba el cristianismo, ofendia á los hombres; y en una palabra, para revelar todo el secreto, el orgullo, la sensualidad y el libertinage eran los baluartes únicos de la idolatría.

La Iglesia la iba desarraigando de dia en dia con su doctrina, y mas que con todo con su paciencia. Mas los espíritus maléficos, que no habian cesado de engañar á los hombres, y que les sumergieran en la idolatría, no habian olvidado sus amaños. Suscitaron en la Iglesia las heregías de que hemos hecho referencia. Hombres curiosos, vanos é inquietos, quisieron formarse un nombre entre los fieles, y no supieron ó no quisieron contentarse con la sóbria y moderada sabiduría que el apóstol tanto habia recomendado á los cristianos. Intentan penetrar en la profundidad de los misterios, haciéndolos accesibles á su débil razon: nuevos filósofos, que mezclaban los racionios humanos con la fé, emprendieron disminuir las dificultades del cristianismo, porque no podian digerir toda la necedad que el mundo encontraba en el Evangelio. Asi sucesivamente, y con una especie de método, fueron atacados todos los artículos de nues-

tra creencia; la creacion, la ley de Moisés, fundamento necesario de la nuestra, la divinidad de Jesucristo, su encarnacion, su gracia, sus sacramentos, todo en fin, dió materia á divisiones escandalosas. Celso y los demas nos lo echaban en cara: parecia, pues, que la idolatría iba á triunfar. Miraba ella al cristianismo como una nueva secta de filosofia que tenia la suerte de todas las demas, y, que como ellas, se dividia en diferentes sectas. Parecíales la Iglesia una obra humana, y que estaba próxima á arruinarse por sí misma. Sacaban en fin, por conclusion de todo esto que, en materia de religion, era menester no pretender ir mas allá de lo que habian peusado nuestros mayores, ni acometer la empresa de querer cambiar el mundo, haciéndole otro del que habia sido y era.

En esta confusion de sectas que se gloriaban de ser cristianas, Dios no desamparó á su Iglesia: y supo conservarle un carácter de autoridad que no podian tomar las heregías. La Iglesia era católica y universal: abrazaba todos los tiempos, y se estendia por todas partes. Era apostólica; la continuacion constante, la sucesion; la cátedra de la unidad y la autoridad primitiva correspondíanla á ella sola. Todos los que se separaban de ella, la habian primeramente reconocido, y no podian hacer desaparecer ni el carácter de su novedad, ni el de su rebelion. Los mismos paganos la miraban como fuente de toda

autoridad, como el todo á que correspondian ciertas partes, como el tronco siempre vivo, y cuya vida era completa y perfecta no obstante la separacion de algunas ramas. Celso, que acusaba á los cristianos por las escisiones que habia entre ellos entre tantas iglesias cismáticas como él veia erigirse, observaba sin embargo que habia una iglesia distinguida de todas las demas, y siempre mas fuerte que ellas, á la que llamaba por esta razon *la gran Iglesia*. "Hay, decia, entre los cristianos quienes no reconocen al Criador ni las tradiciones de los judíos; pero los recibe la grande Iglesia." Aqui hacia alusion á los marcionitas. En la escision escitada por Pablo de Samosatra, el emperador Aureliano no tuvo dificultad para conocer la verdadera Iglesia cristiana, á la cual pertenecia la *casa de la iglesia*, ya fuese el lugar de la oracion, ó la casa habitacion del obispo. La adjudicó á aquellos "que se hallaban unidos y en comunion con los obispos de Italia y con el de Roma," porque en todo tiempo habia visto á la mayoría de los cristianos en esta comunion. Cuando el emperador Constancio lo embrollaba todo en la Iglesia, la confusion que en ella introducía protegiendo á los arrianos no impidió que Ammiano Marcelino, pagano como era, reconociese que el emperador se separaba del recto y verdadero camino "de la religion cristiana, simple y precisa por sí misma," en sus dogmas y en su con-

ducta. Nacia de que la verdadera Iglesia tenia una magestad y una rectitud que las heregias no podian ni imitar ni oscurecer; y que por el contrario, sin advertirlo, daban un testimonio de verdad á la Iglesia católica. Constancio, que perseguia á san Atanasio defensor de la antigua fé, "deseaba con ardor, dice Ammiano Marcelino, que fuese condenado por la autoridad superior que tenia el obispo de Roma sobre los demas." Procurando apoyarse en esta autoridad, daba á conocer á los mismos paganos lo que faltaba á su secta, y honraba á la Iglesia de la que los arrianos se habian separado: de consiguiente los mismos gentiles reconocian á la Iglesia católica. Si alguno les preguntaba dónde tenian sus asambleas y cuáles eran sus obispos, jamas se engañaban en esto. En cuanto á las heregias hiciesen lo que quisiesen, tenian una tacha, cual era que declaraban su origen no pudiendo hacer desaparecer el nombre de sus autores. Los sabelianos, los paulianistas, los arrianos, los pelagianos y los demas se ofendian en vano del título de partido que se les daba apellidándoles con el nombre de su autor. El mundo, aunque se ofendiesen de ello, hablaba naturalmente designando á cada secta por el nombre de aquel de quien traia su nacimiento. En cuanto á la *grande Iglesia*, es decir, á la Iglesia católica y apostólica, jamas ha sido posible darla el nombre de otro autor mas que el del mismo Jesu-

cristo, ni señalarle sus primeros papas, ó seáse su cabeza visible sin remontarse hasta los apóstoles, ni darle otro nombre mas que aquel que ella tomaba. Así era que por mas que biciesen los hereges no podian ocultar á los paganos dónde se hallaba la verdadera Iglesia. Esta les abria sus brazos por toda la tierra, y corrian á ellos en tropel: quizá algunos se perdian por senderos extraviados: pero la Iglesia católica era el gran camino á donde entraban siempre la mayor parte de los que buscaban á Jesucristo; y la esperiencia ha hecho ver que á ella sola era dado reunir á los gentiles. A ella tambien era á la que atacaban los emperadores infieles con toda su fuerza. Orígenes nos hace reconocer que son muy pocos los hereges que han tenido que sufrir por la fé. San Justino, mas antiguo que Orígenes, nos ha dejado consignado que los marcionitas y demas hereges fueron respetados por la persecucion. Los paganos no perseguian mas que á la Iglesia que veian estenderse por toda la tierra, y solo reconocian á ella por la Iglesia de Jesucristo. ¿Qué importa que se le arrancasen algunas ramas? Su buena sábia no se perdía por esto: brotaba por otros parages, y la poda de las ramas supérfluas hacia que sus frutos fuesen mejores. En efecto, parándose á considerar la historia de la Iglesia se observará que siempre que una heregía la ha disminuido, ha reparado sus pérdidas estendiéndose por otras

partes nuevas, y aumentando en lo interior la luz y la piedad, mientras que se han visto secar en rincones ocultos las ramas cortadas. Las obras de los hombres han perecido á pesar del poder del infierno que las sostenia; la obra de Dios ha subsistido sin comoverse: la Iglesia ha triunfado de la idolatría y de todos los errores.

testimonio de la inmutabilidad de los juicios de Dios. En medio de la agitación de las cosas humanas, y de las vicisitudes y trastornos que experimentan los estados, ella se sostiene siempre con una fuerza invencible, de manera que por una serie no interrumpida de cerca de diez y nueve siglos la vemos remontarse hasta Jesucristo, en el que ella ha recogido la sucesion del antiguo pueblo, y hallase reunida y colada con los profetas y con los pastores, no para ser milagros que los antiguos hebreos presenciaron con sus propios ojos, sin embargo todavía hoy para confirmar nuestra fé. Dios que los hizo para dar un testimonio de su unidad y de su omnipotencia, ¿qué podia hacer de mas antiguo para conservar su memoria, que dejar entre las manos de todo un gran pueblo las actas que los atestiguan y consiguan redactadas por el orden de los tiempos? Es precisamente lo que tenemos en los libros del antiguo testamento, es decir, en los libros mas antiguos que existen en el mundo; en los libros que son los únicos de la